

Conflictos, solidaridades y miradas en torno a la situación de calle. Ciudad de Buenos Aires, 2012

Martín Boy

Resumen

La experiencia de vivir en la calle generalmente suele asociarse a quienes pernoctan en la vía pública dejando de lado a otros actores que también están involucrados en torno a ésta: la policía, las patotas nocturnas, los vecinos, etc. El objetivo de este artículo es caracterizar las relaciones que existen entre los diferentes actores que forman parte, directa o indirectamente, de la situación de calle a partir de los testimonios de los adultos que viven en la calle (AVC) recogidos durante el trabajo de campo que culminó con la escritura de la tesis de doctorado. En el entramado de relaciones que se teje en el marco del vivir en la calle se hace presente el Gran Otro (el resto de la sociedad que no duerme en la calle) con quien los AVC mantienen cercanías y lejanías; solidaridades y conflictos.

Palabras clave: adultos que viven en la calle, situación de calle, pobreza urbana, transformaciones urbanas.

Abstract

Conflicts, solidarities and looks about homelessness. City of Buenos Aires, 2012

Usually, the experience of living in the streets is associated with homeless people but other groups inherently related are forgotten such as police, gangs, neighbors and etcetera. The aim of this paper is to characterize the relationships that exist between the different groups who are involved, directly or indirectly, in the dynamics of homelessness. Adults who live in the streets (ALS) were interviewed during the field

work that finished with the writing of the phd thesis. In the network of relationships that is woven around homelessness is important to talk about the presence of the Big Other (the rest of society that does not sleep on the streets) and how the adults who live in the streets build closeness and intimacy while keeping distances with Big Other; sympathies and conflicts.

Key words: adults who live in the streets; homelessness; urban poverty; urban transformations.

1. Introducción

La experiencia de vivir en la calle generalmente suele asociarse a quienes pernoctan en la vía pública dejando de lado a otros actores que también están involucrados en torno a ésta: la policía, las patotas nocturnas y los vecinos. El objetivo de este artículo es caracterizar las relaciones que existen entre los diferentes actores que forman parte, directa o indirectamente, de la situación de calle a partir de los testimonios de los adultos que viven en la calle (AVC)¹ que fueron recogidos durante el trabajo de campo.

Antes de avanzar sobre esta caracterización, es necesario plantearse cómo se conciben los AVC a sí mismos y cómo lo hacen frente a otros grupos. Se partió desde la perspectiva que sostiene que las identificaciones se realizan y construyen en un proceso relacional, es decir, a partir de la confrontación con identificaciones de otras personas o grupos, montando una frontera que no sólo distingue a los otros, sino que también ofrece una definición posible del nosotros; como sostiene Grimson,

estudiar las identificaciones es estudiar sus límites. Es decir, los grupos y las identificaciones no pueden comprenderse en sí mismos, sino en relación con otros, en un entramado de relaciones que repone una situación de contacto, una situación de frontera. Estudiando límites podemos saber aquello que un grupo o una identificación incluyen y excluyen, así como los dispositivos a través de los cuales construyen esas diferencias, articulándolas en la mayor parte de los casos con formas de desigualdad. (Grimson, 2005: 127)

¹ El concepto elegido para hacer referencia a quienes viven en la calle fue AVC. De esta forma, se deja de lado la categoría gubernamental “Sin Techo” ya que reduce el vivir en la calle a la carencia habitacional y el concepto de “persona en situación de calle” ya que el término situación remite a transitoriedad, cuando a lo largo del trabajo de campo realizado se ha dado cuenta que morar en la calle muchas veces termina convirtiéndose en un modo de vida, dejando de ser un momento pasajero. En definitiva, el concepto AVC remite a los mayores de 18 años que viven en la calle.

Es importante destacar que el trabajo de campo realizado permite sostener que los AVC no se identifican con una categoría que hable de ellos, no afirman una identidad grupal alrededor de un concepto. Sin embargo, permanentemente los entrevistados se refirieron a su situación a partir de las diferencias que tenían con quienes no viven en la calle, un “otro” al que denominaré Gran Otro (GO). La conformación de este “otro” habla del entramado de relaciones del que los AVC forman parte, y esto llevó a reflexionar sobre la necesidad, por un lado, de identificar al resto de los actores que componen la situación de calle y, por el otro, de dar cuenta de las cercanías y lejanías que estos otros actores mantenían con los AVC. Pero antes de avanzar con los otros involucrados, es necesario dar cuenta de las características principales del trabajo de campo realizado para esta investigación.

En cuanto a lo metodológico, puede decirse que este artículo es producto de un trabajo de campo que se prolongó desde 2006 hasta 2011 y que culminó con la escritura de la tesis de doctorado. Durante estos años se realizaron 40 entrevistas en profundidad a AVC en tres espacios diferentes de la Ciudad de Buenos Aires: en uno de los albergues que ofrece el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Parador Bepo Ghezzi) destinado a atender a esta población, en la Plaza del Congreso elegida por la gran cantidad de personas que pernoctan y en la plaza de Barrancas de Belgrano donde funciona un comedor popular al aire libre, frecuentado por personas que viven en la calle (entre otros grupos). La muestra de los entrevistados estuvo compuesta mayoritariamente por varones que vivían solos o en grupo en la vía pública. Cabe aclarar que esta diferencia no había sido tenida en cuenta desde el comienzo de la investigación, y a medida que el trabajo de campo avanzaba fueron detectándose puntos divergentes entre un grupo y el otro principalmente en cómo se vinculaban con el resto de la sociedad. Es importante reconocer que el estudio de estas diferencias y cómo se produce el pasaje de un estado al otro (de vivir solo a hacerlo en forma grupal o viceversa) son líneas de investigación que serán profundizadas a futuro y que los resultados presentados en este artículo son avances en un tema aún no explorado a profundidad por la academia argentina.

2. La situación de calle: encuentro entre diferentes

La relación entre los diferentes grupos involucrados en torno a la situación de calle no puede pensarse por fuera de las dinámicas de la ciudad. En este sentido, la Ciudad de Buenos Aires ha sufrido importantes transformaciones urbanas en los últimos 30 años, y una de ellas se vincula con la profundización

del proceso de segregación residencial. Rubén Kaztman define este proceso como la “voluntad de los miembros de una u otra categoría [clase social] de mantener o elevar las barreras que las separan entre sí” (Kaztman, 2001: 173). En términos de localización de vivienda, la segregación implica que los diferentes sectores socioeconómicos que habitan la ciudad comiencen a vivir en barrios cada vez más homogéneos reduciéndose los puntos de contacto entre las diferentes clases sociales. La pérdida de contacto entre los diferentes grupos tiene, para este autor, muchas consecuencias, y una de ellas es el incremento de la tolerancia a la desigualdad. Es decir, al no haber ámbitos comunes de contacto entre los diferentes, no se produciría empatía entre las personas que pertenecen a sectores socioeconómicos distintos. Si bien es cierto que el proceso de segregación residencial y de separación entre los grupos es una realidad innegable, al menos en la Ciudad de Buenos Aires, este concepto no permite analizar los nuevos tipos de encuentros que se producen cuando aumentan la marginalidad urbana y la pobreza, cuando ciertos sectores comienzan a subsistir gracias a los recursos que pueden proporcionar los otros habitantes y la infraestructura de la ciudad en sí. El incremento de AVC y el aumento de la cantidad de cartoneros circunvejando en el micro y macrocentro porteños luego de la década de los noventa y de la crisis de 2001-2002 son los ejemplos paradigmáticos que evidencian la generación de nuevos espacios de cruce entre los diferentes grupos. Quienes se encuentran desplazados del sistema a partir de estas relaciones pueden elaborar estrategias que les permitan satisfacer algunas de sus necesidades. Siguiendo esta línea, Cosacov y Perelman (2011) señalan que, a diferencia de otras ciudades latinoamericanas, Buenos Aires mantiene su estructura de barrios abiertos y se oponen a la perspectiva que sostiene que la ciudad está experimentando un proceso de insularización que llevaría, tal como sostiene Janoschka (2002), a la desintegración de lo urbano, a la imposibilidad de vivir juntos en una ciudad fragmentada. Cosacov y Perelman proponen:

matizar ese diagnóstico sobre la fragmentación y “disolución de lo urbano” en mundos inconexos donde los diferentes grupos sociales no tendrían interacciones, intercambios ni encuentros. Planteamos la necesidad de un análisis que ponga en suspenso la imagen de la ciudad fragmentada para colocar en el centro las interacciones, por cierto conflictivas, entre grupos sociales que tienen diferentes capacidades materiales y simbólicas de apropiación del espacio urbano. Nos interesa focalizar en las interacciones porque constituyen también un modo de ver las maneras en que se reproduce —y legitima— la desigualdad social. (Cosacov y Perelman, 2011)

La perspectiva elegida por los autores permite enfatizar en los encuentros “entre grupos distantes en términos sociales, pero próximos en términos físicos” (Cosacov y Perelman, 2011). En estos encuentros es donde se construyen fronteras simbólicas entre los diferentes grupos atravesadas por valores morales que, a su vez, producen identificaciones y diferenciaciones. En las interacciones sociales se reactualizan las fronteras simbólicas y se confirman los procesos de exclusión entre unos y otros. Esta perspectiva contribuye a pensar la calle como un lugar de cruce de las diferencias a partir de las cuales se tejen vínculos solidarios o todo lo contrario.

Como se mencionó anteriormente, el concepto de segregación no permite dar cuenta de las relaciones entre diferentes porque no tiene presentes los nuevos contactos que se generan en ciertos espacios donde las diferencias de los distintos se encuentran. En esta dirección, Carretero y Santos (2003), hacen énfasis en concebir la calle como un espacio de encuentro de universos complementarios y opuestos y, como tal, la vía pública es vivida como el territorio de la multiplicidad por excelencia.

Es necesario mencionar, aunque sea brevemente, que la mayor cantidad de personas que pernoctan en la calle lo hace en la zona central y es allí donde se produjeron las transformaciones urbanas más importantes que remarcaron pronunciadamente los contrastes sociales. En este sentido, según Ciccolella (1999), a partir de mediados de la década de los noventa se produjo una modernización del espacio empresarial con la construcción de oficinas de última generación, edificios inteligentes, centros empresariales y de negocios, y hoteles internacionales, especialmente en el micro y macrocentro de la ciudad.² De esta forma, la centralidad de Buenos Aires se fortaleció y se preparó para recibir a empresarios, ejecutivos, inversores y a un turismo cada vez más masivo, sobre todo a partir de la devaluación del peso argentino en 2002.

Al pie de los edificios opulentos e inteligentes aparecen actores que encarnan la desigualdad y la falta de oportunidades: los cartoneros, que buscan materiales reciclables entre las grandes cantidades de residuos desechados, y los AVC que encuentran en las galerías comerciales y en los accesos del subterráneo espacios donde pernoctar, refugiados del frío y de las luces. De esta forma, los incluidos y los excluidos de la formalidad, y los derechos y beneficios que ésta conlleva, conviven en un mismo espacio utilizado de diferentes formas y en distintos horarios. En un momento del día, predomi-

² El microcentro de la Ciudad de Buenos Aires es una zona equipada casi exclusivamente por una gran cantidad de empresas y de edificios de oficinas, en la cual convergen cinco de las seis líneas de subterráneos y a la cual una multitud llega a diario para trabajar. El macrocentro está conformado por el área aledaña al microcentro, en la cual comienza a encontrarse una mayor cantidad de edificios residenciales.

nan en el paisaje las multitudes de trabajadores empleados en las compañías ubicadas en los edificios tecnológicos y, por las noches, los desplazados o quienes no supieron sumarse al sistema económico formal utilizan la calle como un recurso necesario para sobrevivir.

Las calles céntricas de Buenos Aires son una manifestación de la creciente polarización social que convive. De esta manera, no resulta apropiado pensar, tal como propone el concepto de segregación residencial, sólo en el desencuentro de los distintos sectores sociales y en los espacios institucionales que ya no comparten, sino que es pertinente abordar los nuevos ámbitos en los que sí se producen encuentros, y en las nuevas formas de articulación entre unos y otros. En esta dirección y tal como se señaló en otra oportunidad: “el espacio común se encarna, ahora y como nunca, en la calle, aunque con usos diferenciales; la calle sigue siendo el lugar en el cual las diferencias se encuentran, se miden, se solidarizan y se molestan” (Boy y Perelman, 2008).

La pregunta que surge entonces es quiénes se encuentran y cómo acontece este cruce entre diferentes, es decir, qué es lo que sucede en la calle. Para reflexionar sobre este punto, fue importante pensar cuáles eran las solidaridades y cuáles eran las distancias que se tejían entre los distintos grupos involucrados en la situación de calle, lo cual se elaboró a partir de los relatos de los adultos que habitan en ella.

3. Solidaridades y distancias entre quienes viven en la calle

A partir de los testimonios de los AVC entrevistados, puede afirmarse que existen dos grandes grupos dentro de esta población: aquellos que priorizan la ayuda recíproca como medio para sobrevivir, y quienes demarcan las diferencias con el resto de las personas que viven en la calle. Hacen hincapié en una u otra postura puede ser determinante a la hora de decidir vivir en ranchada³ o en forma solitaria. Quienes viven en ranchada enfatizan en la necesidad de ayudarse mutuamente para afrontar las vicisitudes de vivir en la calle. Morar grupalmente implica convivir con los mismos problemas, encontrar formas de

³ La ranchada remite a una forma grupal de vivir en el espacio público. Vivir en grupo supone ciertas ventajas, aunque también trae inconvenientes derivados de la convivencia. Como se trabajó en otra oportunidad, para las personas que deciden vivir en ranchada, esta modalidad representa la posibilidad de compartir a diario un sentimiento de pertenencia y también de entablar lazos de solidaridad sumamente útiles para afrontar las adversidades de la situación de calle (Paiva, Boy y Perelman, 2011). Estos grupos suelen construir ciertos espacios con *nylon* o con cajas de madera que no llegan a ser casillas, pero que demarcan un límite entre el grupo y el entorno social, además de la construcción de cierta privacidad.

enfrentar los inconvenientes, de hallar soluciones con pares, y es importante destacar que no se ha observado la conformación de una identidad grupal estable debido, posiblemente, a la gran inestabilidad que existe en los lazos contruidos en torno al vivir en la calle entre los AVC. Lo que se registró más que nada fue una decisión de un número reducido de personas de afrontar colectivamente una situación adversa, acompañarse mientras se pueda.

Marcelo pernocta en la Plaza del Congreso, más precisamente en una de las puertas del edificio donde se ubica el Honorable Senado de la Nación. En la amplitud de esta puerta es donde se refugia del frío y de la lluvia.

MARCELO: En la puerta esa en la que estamos es hondo, para adentro. Pero si se juntan cinco o seis ya no entran más y nos quedamos todos parados. Ahora somos dos, pero cuando llueve fuerte se juntan un montón de acá y de allá, un montón. Y no podés dormir.

ENTREVISTADOR: ¿Y a ustedes no les jode que vengan los otros para no mojarse y...?

MARCELO: No no no, porque estamos todos igual. ¿Por qué voy a discriminar a otro si estamos igual? No sirve de nada, si estamos todos iguales.

ENTREVISTADOR: ¿Y vas con ellos o vas solo (a un comedor)?

MARCELO: Con ellos y voy solo, las dos.

ENTREVISTADOR: Y acá, ¿cuántos son más o menos en esta vereda?

MARCELO: Ocho personas, nos conocemos entre nosotros.

ENTREVISTADOR: ¿Y se llevan bien entre ustedes?

MARCELO: Sí, muy bien. Porque si hay respeto, está todo bien. Vos respetás y te respetan.⁴

En el testimonio de Marcelo, la inclemencia climática es un ejemplo de cómo pueden tejarse solidaridades entre quienes están atravesando una misma situación. Marcelo y su compañero (con quien pernocta) podrían ser los “dueños” del espacio, y ante la pregunta no duda en hermanarse con las otras personas y compartir su posición de “privilegio”, es decir, tener un lugar de pernocte con un techo para resguardarse de la lluvia. Marcelo comparte el espacio con otro AVC y, en la misma vereda (80 metros de largo, aproximadamente), pernoctan otras ocho personas más, que se distribuyen en el resto de las puertas de ingreso al edificio. Esta situación registrada mediante observaciones podría catalogarse como ranchada.

Gustavo, quien también duerme en los alrededores de la Plaza del Congreso, vive grupalmente y menciona otros rasgos de solidaridad entablados entre los AVC.

⁴ Entrevista realizada en la Plaza del Congreso en 2010.

YO: ¿Y cómo hacés? Mañana te levantás acá...

GUSTAVO: Sí, a las siete de la mañana tenemos que salir (se refiere a la puerta donde pernocta) porque empiezan a limpiar y de ahí la pasamos en Constitución, todo el día. Vamos (en grupo) caminando hasta 9 de Julio y de ahí agarramos hasta Constitución. Ahora conseguí un termo, un mate, yerba, azúcar que nos dieron. A ella (se refiere a Graciela con quien hace ranchada) la conozco hace poquito, pero estamos juntos, ella no tenía adónde ir tampoco y entonces le dije de venir para acá que se duerme bien. Me traje una frazada de casa (se refiere a la casa de la madre)... Ahora conseguimos una alfombra porque habíamos tenido un colchón, lo dejamos ahí y se lo llevaron...⁵

El relato de Gustavo da cuenta de otro de los ejemplos de cómo entre los AVC se acompañan y comparten elementos materiales que suponen más que eso, que nos habla de los vínculos solidarios que generan los lazos de pertenencia a un grupo. En este sentido, invitar a otra persona (a Graciela) a ser parte de una ranchada, recorrer la ciudad juntos, obtener elementos como aislantes del piso para soportar mejor el frío (en este caso, la alfombra) y compartir alimentos (mate, yerba y azúcar) con el otro da cuenta de las ayudas y de los lazos construidos por quienes viven en ranchada.

En el segundo grupo de relatos, pueden encontrarse los testimonios que hicieron hincapié en las dificultades que los AVC tienen para poder relacionarse con otros que también están viviendo en situación de calle. Las opiniones de este grupo apelan a experiencias concretas por las que pasaron y, otras veces, reproducen los estereotipos que existen en la sociedad sobre las personas que viven en la calle. En esta dirección, Raúl relata:

No, (con) la mayoría no (me relaciono). Porque no me quieren dar ni la hora... Porque son todos borrachos: el que no es drogado, es borracho. Los saludo "hola, hola", sí, pero nada más. Mucho no me quieren. Ellos están con el vino, están... Otros están drogándose acá a la vuelta. A mí no me quieren, porque yo no fumo, no tomo bebida alcohólica.⁶

En este fragmento, Raúl no sólo enumera las dificultades que tiene para entablar relaciones de amistad con otros AVC, sino que también destaca las diferencias que existen entre él y los otros y, a partir de éstas, se presenta a sí mismo. Pizarro (2000) sostiene que los seres humanos vivimos en un orden relacional y entiende que el proceso de individuación, es decir, el momento en que la persona se construye a sí misma, se produce a partir de la partici-

⁵ Entrevista realizada en la Plaza del Congreso en 2010.

⁶ Entrevista realizada en el Comedor de Barrancas de Belgrano en 2008.

pación de los sujetos en subgrupos que son parte de un grupo social que los engloba (la sociedad en su conjunto). Retomando a Grimson (2005), demarcar la frontera con el “otro” es la posibilidad de afirmar la singularidad de uno. En el relato de Raúl es claro cómo se resaltan las diferencias con un “otro” que en este fragmento aparece como el “borracho” y el “drogado”. De esta forma, a partir de estos términos, el entrevistado se construye a sí mismo como una persona sana y alejada de los vicios (alcohol y tabaco). Pero estas no son las únicas figuras que aparecen en los testimonios.

Cuando le pregunté a José por los temas de charlas que mantenía con el resto de los hombres que concurrían al parador,⁷ sostuvo lo siguiente:

Tengo un amigo, un amigo solo que... El negro Piturro, que también viene acá. Hoy faltó porque se iba al doque a ver a su hijo y a la mujer, para ver cómo estaban. Ese es mi mejor amigo, hace 17 años. Hinchaba de Racing, imaginate cómo está. El primero que conocí fue al Negro. Fue uno de los que me dijo “vamos a La Esclava”, a comer a la iglesia que está en Montevideo y Juncal. Y otros amigos casi no tengo porque... quise hacer amistades con la gente de la calle miles de veces, pero no puedo. Siempre te fallan. Te chorean,⁸ te hacen cualquier cosa. Es muy jodido. Por la propia situación de ellos... Bah, nuestra también. Porque no piensan como piensa uno. Hay tipos que, por ejemplo, sabiendo que tenés cien pesos no te lo van a tocar y hay tipos que te convidan un vaso de gaseosa o de algo con pastilla, te hacen dormir y te lo sacan. Y vos pensás que es un compañero, entonces me hice desconfiado. Me pasó.⁹

En el relato de José aparece en varios pasajes la diferenciación entre un “ellos” y un “yo”. Ellos son los que suelen hablar de temas desafortunados y siempre rodean lo que la sociedad valora comúnmente como negativo (consumo de drogas, participación en robos, alcoholismo, la traición de alguien que se hace pasar por amigo). Cuando José intenta explicar por qué suceden esas cosas, apela a describirlo como “la situación de ellos” aunque inmediatamente después (no automáticamente) se incluye en el grupo de la “gente de la calle”. Ante estos hechos, él decide distanciarse y confiar solamente en su amigo histórico. El “nosotros” en este relato aparece alejado de todo mal y se contrapone a las características que reúnen “ellos”. Esto explica en parte por qué, al igual que Raúl, José no vive en ranchada. Finalmente, Barak menciona que no tiene muchos amigos de la calle porque siente que muchos tienen problemas mentales, “muchos están locos”. Este entrevistado dejó de

⁷ El parador es una modalidad de albergue del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires destinado a atender a las personas mayores de 18 años que viven en la calle.

⁸ Chorear es sinónimo de robar.

⁹ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi durante 2008.

concurrir a uno de los paradores del GCBA porque veía, en los cuerpos de las personas que asistían, signos de enfermedades. Uniendo su relato con el de José, puede decirse que Barak también construyó una diferenciación entre los otros y él que es sumamente importante para dar cuenta de por qué una persona puede dejar de concurrir a un albergue y por qué decidió vivir solo y no en ranchada en la calle.¹⁰ Siguiendo el relato de Barak, los paradores pueden ser percibidos como albergues concurridos por locos y enfermos. Como sostiene Hall:

las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella. Esto implica la admisión radicalmente perturbadora de que el significado “positivo” de cualquier término —y con ellos su “identidad”— sólo puede construirse a través de la relación con el “otro”, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo. (Hall, 2003: 18)

Retomando lo que se dijo anteriormente, no aparece con claridad en los AVC una identidad homogénea como grupo sino que, apenas indagando, surgen todas las diferencias. Sin embargo, puede visibilizarse el esfuerzo que realizan quienes viven solitariamente por esquivar el estereotipo que existe sobre este grupo. La mirada del resto de la sociedad es percibida por quienes viven solos como determinante a la hora de obrar y pensar sobre el resto de los AVC. En este sentido, los relatos dan cuenta de que la autopercepción de los que viven solos en la calle se ajusta a los requerimientos de las miradas de quienes no viven en la calle, y esto implica un alejamiento del resto de los AVC. Sobre este punto volveré más adelante.

Las distancias que existen entre los AVC no son las únicas. A continuación se identificará a otros grupos que están presentes en la situación de calle y que representan conflictos y peligros que los AVC deben sortear en su día a día.

4. Encuentros conflictivos y peligros: policía y patotas nocturnas

Además de los acercamientos y las distancias presentes entre los AVC, existen otros grupos involucrados en la situación de calle que representan conflictos y tensiones de los cuales los AVC (ambos grupos) deben mantenerse alejados. Centralmente, la policía y las patotas.

¹⁰ En otros escritos se ha profundizado sobre la importancia vital que tienen las organizaciones de la sociedad civil y las prestaciones gubernamentales a la hora de pensar la satisfacción de las necesidades cotidianas de los AVC. En esta oportunidad, la decisión fue enfatizar en los vínculos construidos por las personas o los grupos dejando de lado a las instituciones.

A partir de la escucha de los relatos de los entrevistados, puede inferirse que los peligros de vivir en la calle están relacionados con lo que sucede en el espacio público por las noches. Raúl pernoctaba en una de las tres plazas de Barrancas de Belgrano y relató un incidente que había vivido unos días antes de que lo entrevistara por segunda vez.¹¹

Dos días antes de que nos encontráramos, durante la noche y mientras él dormía, un desconocido le quemó el carro donde cargaba todas sus pertenencias con la intención de robarle dinero.

RAÚL: ¿Vos querés saber del incendio? Bueno, fue en la primera plaza, como a las tres de la mañana.

YO: ¿Vos estabas durmiendo?

RAÚL: Sí. Pasaron por atrás mío... por eso no se me quemaron las cobijas ni el colchón. Al minuto siento un calor atrás mío, y miro y se estaba prendiendo fuego el carro. Y el vago estaba sentado por allá. Se estaba cagando de risa. Y cuando yo apagué el carro con un bidón de agua, ya se había quemado todo. Entonces metí la mano, me quemé todo el pulóver acá para sacar la botella de alcohol, porque yo tengo un litro de alcohol ahí, porque si no, no sabés cómo arde todo. Entonces él se acercó, me sacó el arma y me dijo: “dame la carterita, dame la carterita que vos tenés plata”. Le dije: “no tengo, tengo solo cuatro pesos” y me sacó igual las monedas.

YO: ¿Vos ya lo conocías a él?

RAÚL: No, nunca lo había visto. Entonces me vine para acá, agarré allá la vía, y caminé tres cuadras y tiré todo. Estaba todo quemado, la yerba, el azúcar, reventaron los termos, ahora me compré otro. Me quedé con una bronca, me quedé con un odio...

YO: ¿Es la primera vez que te pasa?

RAÚL: Sí, porque los muchachos de acá no me molestan.

YO: ¿Y no lo volviste a ver al tipo?

RAÚL: No, yo vine a la mañana acá, pasé y andaba acá, estaba en la plaza. Entonces me vio y me quería pelear. Me decía: “tomátelas”, sacó el revólver y me quería tirar un tiro. “Está bien, me voy, me voy” y se quedó por allá. Entonces me vine para la glorieta y llamé al 911, y entonces el patrullero vino. Le dije que había un tipo armado y que me había quemado el carro y me robó la plata. “¿Está seguro que tiene un arma?”, me preguntó. “Sí, sí, yo conozco de armas”, le digo, “un 22 largo”. Pero se ve que lo vio (al policía), porque desapareció. Lo buscaron por toda la plaza y no lo encontraron. Pero yo sé que algún día lo voy a encontrar.

El relato de Raúl es uno de tantos testimonios en los que se da cuenta de qué es lo que puede ocurrir en la noche, sobre todo si se pernocta solo. Cuando

¹¹ Raúl fue entrevistado dos veces en 2008 en el comedor que se organiza al aire libre en Barrancas de Belgrano.

la ciudad parece dormir, se activan situaciones que tienen como uno de los blancos a los AVC. La figura del ladrón nocturno aparece en casi todos los relatos, y eso provoca que quienes pernoctan en la calle deban estar atentos a este riesgo, sobre todo si lo hacen en forma solitaria. Barak afirmó:

no podés descansar bien porque tenés que vigilar que no te roben las cosas los chicos de la calle que se drogan aspirando *poxiran*,¹² trepados en los árboles para que no los vean [...] En una oportunidad, había ido a buscar sábanas (cuatro juegos) a su casa de San Telmo¹³ y estando cerca de la iglesia, le pidió a un grupo de personas que le cuide las cosas mientras él iba al baño. Cuando volvió ya no estaban esas personas, y sus sábanas tampoco.¹⁴

Hasta aquí, los relatos presentados dieron cuenta de la exposición que tienen los AVC (principalmente quienes pernoctan solos) a los robos en sus distintas variantes: desde la vigilancia permanente que debe tenerse sobre las pertenencias para no ser robados, hasta la quema de éstas mediante un incendio provocado que podría haber puesto en riesgo la vida de un AVC. Sin embargo, los grupos o las personas que intentan robar por la noche no es el único grupo que representa peligro en la vida cotidiana de una persona que vive en la calle. El otro actor que aparece en escena en los relatos es la policía que con su accionar está asociado a la violencia.

Marcelo fue entrevistado en la Plaza del Congreso, pero con anterioridad solía pasar sus noches en la Plaza Constitución. Una de las razones por las cuales hacía dos años que se había trasladado fueron los episodios de violencia protagonizados por las patotas, a quienes denomina “fisuras”¹⁵ y por los policías.

YO: ¿Y por qué te fuiste? (de Constitución).

MARCELO: Y... por los quilombos,¹⁶ por la policía... te corren, te pegan...

YO: ¿La policía misma?

MARCELO: Sí, te despiertan y si vos no te despertás, entonces te pegan una patada... no podés dormir así.

¹² *Poxiran* es una marca de pegamento que suele usarse para pegar todo tipo de elementos, pero que también, si se lo inhala, tiene efectos alucinógenos.

¹³ Barak tuvo que dejar un departamento en San Telmo porque no tenía dinero para afrontar el alquiler. Los dueños le permitieron dejar sus pertenencias hasta que encontrara un nuevo departamento para mudarse.

¹⁴ Fragmento transcripto de entrevista realizada en el comedor de Barrancas de Belgrano en 2008. No quiso ser grabado.

¹⁵ La palabra fisura proviene del término fisurado, que remite a quienes se encuentran en muy mal estado muchas veces vinculado con el consumo de drogas.

¹⁶ La palabra quilombo en este caso remite a lío.

YO: ¿Por qué te pegaban?

MARCELO: Y... capaz que te llamaban dos veces y vos estás dormido y no sentiste, entonces con el sueño no te das cuenta, porque estás descansando. Y te patean.

YO: Bueno, pero igual, aunque vos no les contestes, ellos no te pueden pegar.

MARCELO: Lo que pasa es que allá son todos fisuras, son todos chorros,¹⁷ entonces para ellos no es... eso es lo que pasa.

YO: O sea que ellos tratan a todos por igual.

MARCELO: Claro, y no es así.

YO: ¿Y acá (en Plaza del Congreso) no pasa eso?

MARCELO: No, acá no. Al menos desde que estoy yo hace dos años, no. Antes sí había quilombos, levantaban a todos.

YO: Pero vos me decías que te robaron...

MARCELO: Sí, cuando no sabía dónde estar en un lugar. Cuando te quedás dormido, vienen los drogadictos a sacarte lo que tenés.¹⁸

El testimonio de Marcelo da cuenta de los atropellos del personal policial en las horas de la noche. El maltrato verbal y las agresiones físicas pueden ser las motivaciones de quienes viven en la calle para abandonar el lugar donde pernoctan. El trato intimidatorio en el relato de Marcelo no es cuestionado, sino que lo que él se pregunta es “¿por qué a mí?”, como si existiesen cuerpos a los que debiera aplicarse ese tipo de trato y cuerpos a los que no. En este sentido, se produce un desplazamiento de la discriminación, tal como lo denomina Marcús (2009: 172), que no pone en tela de juicio el accionar policial sino que, naturalizándolo, sólo le critica el blanco elegido. Para Marcelo, el problema no es el tratamiento intimidatorio de los policías, sino que quienes viven en la calle son tratados de la misma forma que los fisuras, los chorros, los drogadictos. La discriminación y violencia institucional encarnadas en las fuerzas policiales y receptadas por los cuerpos de los AVC son criticadas, pero también legitimadas si se aplican al blanco adecuado: el verdaderamente peligroso para la sociedad, el delincuente. Como señala Marcús, “los fenómenos discriminatorios¹⁹ inciden en la construcción de identidades, puesto que la identidad se configura siempre en un contexto relacional basado en el reconocimiento o en la negación del otro” (Marcús, 2009: 165). Una vez más, a partir de la construcción de un “otro” asociado a los males de la sociedad, apareció en el relato la autopercepción de quien

¹⁷ La palabra chorro remite a ladrón.

¹⁸ Entrevista realizada en la Plaza del Congreso en 2010.

¹⁹ Acá podríamos pensar en las prácticas violentas de la policía en un marco más amplio de discriminaciones institucionales hacia los AVC.

vive en la calle y su esfuerzo por marcar distancias, por diferenciarse de los atributos negativos, de los grupos que portarían el mal. En el relato de Matías ocurrió algo parecido, él cuenta:

Sí me pasó hace poco, cuando estaba durmiendo en la puerta de un edificio. Vino a las tres y media de la mañana un policía que bajó del patrullero y me pegó con el palo en la espalda. Me pegó un palazo en la espalda y me hizo levantar del piso de los pelos. Lo primero que le dije fue que no me pegara, que no era ningún chorro, ningún delincuente, ni un drogadicto ni nada. Que tenía problemas familiares y que me había ido a dormir a la calle, que no me podía tratar de esa manera. “Cerrá el culo y andate ya para donde tenés que ir que si no te voy a llevar en cana y te voy a coger en el camino”. Y se cagaban de risa todos los covanis (policías), los verdugos de la 38 (alude al número de la comisaría). Los de la 38 son reverdugos. Sí, era un chabón (un hombre), un grande, que tenía pinta de que era padre, un hombre de familia. Y bueno, hay cada persona que uno tiene que estar tolerando que... Ellos son autoridades, pero se abusan de eso, de su rol como autoridad, en muchas ocasiones. Se abusan en varias ocasiones. Si les decís algo es porque estás contra la ley, y si te resistís es porque te estás resistiendo a la autoridad y ya te quieren llevar... Y bueno, es todo un tema, pero estar en la calle...²⁰

El testimonio de Matías es contundente: no sólo da cuenta de las violencias ejercidas por los policías sobre los AVC en una relación cargada de asimetrías de poder, sino que también reaparece la diferencia con un “otro” que es merecedor de este tipo de trato. Nuevamente, la figura del “otro” se encarna en los chorros, los delincuentes y los drogadictos, y lo que se cuestiona del accionar policial es el blanco elegido y no la violencia en sí. Matías intentó evitar la violencia presentándose ante el policía como una persona con problemas familiares alejado de ciertas características que presentan los otros grupos que realmente merecerían ser perseguidos.

En el próximo ítem, el relato de José enfatiza en la mirada de quienes no están atravesando la misma situación que él, de quienes no viven en la calle, y en las estrategias que crea para poder disimular una diferencia que, en principio, lo dejaría mal posicionado.

5. La mirada del otro: visibilizarse o matizar las diferencias

Como se mencionó anteriormente, desde la posición de las personas que viven en la calle existe un gran otro (GO) que está encarnado en la sociedad. Esa

²⁰ Entrevista realizada en el Parador Bepo Ghezzi en 2008.

mirada externa condiciona los comportamientos de los AVC, sobre todo los de quienes deciden no pernoctar en grupo. Recordemos que estas razones se anclan fuertemente en los atributos negativos que el estereotipo remarca sobre este grupo: quietud, vagancia, drogadicción, alcoholismo, suciedad, enfermedad, etc.²¹ Ante esta situación, las personas se ven en la disyuntiva de conformar relaciones con pares o defenderse de las miradas estigmatizantes. Como plantea Goffman (2006), el concepto de estigma remite a poseer una característica profundamente desacreditadora y es una clase especial de relación entre atributo y estereotipo. Según este autor, cuando se estigmatiza un atributo de una persona o grupo, a su vez, se confirma la normalidad del que no lo tiene. Sin embargo, tal como se mencionó anteriormente, que los AVC reúnan características estigmatizadas no implica que exista una recepción homogénea de esa visión estigmatizante. De hecho, el peso de la mirada es mucho más fuerte en aquellos AVC que pernoctan solitariamente que entre quienes viven en ranchada a partir del hecho de que usualmente es determinante para que una persona decida pasar las noches solo. Esto no quiere decir que quienes pernoctan en forma grupal no deban lidiar con las miradas del GO.

Por lo dicho anteriormente, surge en los AVC la tensión entre visibilizar la situación estigmatizada por la que atraviesan o invisibilizarla. El escenario por excelencia donde esta tensión se hace presente es la calle. En esta dirección, Delgado Ruiz sostiene: “espacio público es aquel en el que el sujeto que se objetiva, que se hace cuerpo, que reclama y obtiene el derecho de presencia [...], se convierte en una nada ambulante e inestable. Esa masa corpórea lleva consigo todas sus propiedades, tanto las que proclama como las que oculta, tanto las reales como las simuladas” (Delgado Ruiz, 2002: s/p).

Este autor señala que es en el espacio público donde se producen las relaciones de tránsito, los vínculos ocasionales que muchas veces se encuentran en la frontera de no ser relación en absoluto. En el cruce de las personas se produce una cortés desatención, “consiste en mostrarle al otro que se le ha visto y que se está atento a su presencia y, un instante más tarde, distraer la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una intención particular” (Delgado Ruiz, 2002). Poco se sabe del “otro” en este tipo de relaciones en la vida urbana, se pueden presumir o sospechar cosas a partir de indicios (ropas, actitudes, modismos, etc.), pero no tendremos casi ninguna certeza del prójimo. Esta imposibilidad de saber sobre el “otro”, nos

²¹ Los testimonios permiten pensar que un AVC tiene más posibilidades de integrarse a una ranchada cuanto más lejos logre posicionarse de la mirada despectiva de la sociedad hacia él. Aún falta dar cuenta de por qué en algunos AVC la mirada del resto de la sociedad está más presente que para otros. Lo cierto es que lo observado indica que de acuerdo con cómo vivan esa mirada, suele tomarse la decisión de vivir en ranchada o solitariamente.

otorga la posibilidad de ser anónimos en la ciudad, y esta condición, al decir de Delgado Ruiz, actúa como una capa protectora frente a las miradas estigmatizadoras. Los sujetos que se saben posibles candidatos a ser discriminados, especialmente, aunque no exclusivamente, utilizan el anonimato como una estrategia para invisibilizar los atributos que la sociedad condena. Delgado Ruiz identifica entre otros grupos a los inmigrantes, pero también podría pensarse en las personas que viven en la calle. ¿Cómo se muestran ante la mirada de la sociedad en general? ¿Existe esta tensión entre visibilizar e invisibilizar entre quienes habitan en el espacio público?

José, quien pernocta solo, reflexionó sobre la tensión que existe entre la visibilidad necesaria y la invisibilidad añorada.

Es como que quiero tener una imagen mía. Alguien que me conoce, a lo mejor que hablé, que por ahí me quiere dar un laburo (trabajo)... Cuando te ven dicen “mirá dónde está durmiendo”... Y eso ya significa que estás borracho. Y no, estás tirado porque estás durmiendo. No me gusta. Me gusta estar bien aunque me muera de sueño, dormiré un ratito en una plaza, pero estando siempre bien, que no me vean tirado y eso. Soy cuidadoso con eso.²²

En este fragmento, José demuestra que tiene en cuenta la mirada de la sociedad a la hora de accionar y que se cuida de las connotaciones que puedan tener sus conductas. Nuevamente, no se cuestiona esta mirada que juzga, sino que lo que intenta José es esquivarla. Él continuó enumerando las prácticas cotidianas que realiza para lograr la desatención cortés de la que nos hablaba Delgado Ruiz (2002) a la hora de relacionarse en la ciudad. Cuando comienza a relatar las sensaciones de los primeros días en los que pernoctó en la calle señaló:

Aparte, me daba vergüenza. Digo, “no, me tengo que levantar”. Capaz que eran las cuatro de la mañana y ya me levantaba y prefería caminar por la calle y no que pase el colectivo con toda esa gente pensando: “Mirá ese tipo ahí”... Hasta ahora me pasa. O sea, decir que salimos de acá (se refiere al parador) es decirle a alguien que estás saliendo de la cárcel. Una cosa así, no hay una confianza, se hace jodido [...] Y la gente tiene miedo, imaginate la gente cómo está. Yo voy a ver gente, así vestido en la calle y me miran como si los estuviera siguiendo. Lo que hago yo es cruzarme de vereda porque me siento mal. Capaz que esta persona se asustó de mi aspecto o algo y piensa que le voy a robar. Una cosa de locos. Igual en el colectivo. ¿Ves? Por eso en el colectivo sucio no me gusta andar. Porque uno a veces emana olores. Me ha pasado que a veces he andado sucio, me he tomado el colectivo, se sienta una señora al lado mío y me mira de

²² Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi en 2008.

rejo. Y yo digo, “¿qué le pasa a esta mujer?, ¿tendré cara conocida?” Me miró con una cara como para comerme y se cambió de asiento. Ahí me di cuenta de que yo tenía olor en la ropa, porque habíamos hecho humo... Y por eso se te alejan... Y ni hablar si estás barbudo o un poco despeinado, te huyen. No me gusta que me pase eso. Si yo quiero andar confiado entremedio de la gente. No que la gente me tenga...²³

En este fragmento se hace mucho más evidente la necesidad de no ser visto como una persona peligrosa ante la mirada del “otro” y de no provocar lástima cuando las personas lo observan. Estos dos elementos explican por qué José intenta cuidar siempre su aspecto físico.²⁴ Constantemente en su relato quedó al descubierto que desde el entorno social existe una atención hacia él y que ese “otro” enfatiza en las situaciones que no se ajustan al parámetro esperado (un olor, una actitud, un tipo de vestimenta utilizada, etc.). Como plantea Goffman (1979), los comportamientos en las calles responden a normas de comportamiento que pueden ser pensadas como situacionales. Los individuos se comportan correcta o incorrectamente en relación con los contextos, pero también con los encuentros. En la vía pública, dice Goffman (1979), los sujetos se están dando pruebas de confianza mutua y éstas pueden comenzar a resquebrajarse cuando se desobedecen las normas de comportamiento, los parámetros de conducta esperados en un contexto determinado. La desobediencia visibiliza y esto puede ser desventajoso si se quiere gozar de los beneficios del anonimato.

A José no le agrada sentir esas miradas sobre él, lo manifiesta, y sus cuidados sobre su propio cuerpo e imagen hablan de la necesidad de pasar inadvertido. Parece que su anonimato está en juego ya que de él, por su apariencia y actitudes, el resto de las personas podrían etiquetarlo en una categoría estigmatizada. Justamente por esto, José desarrolla otras maniobras para invisibilizar o atenuar sus atributos socialmente menoscabados.

Hay personas que te quieren ayudar. Pero hay otras que no, porque ya tienen experiencia con otras personas que estuvieron en la misma situación y que se mandaron macanas. Pero hay gente que no, que te da una mano, que te ayuda... A mí me ha tocado de estar durmiendo en la calle, si te ven solo... Ahora, si ven una junta de seis o siete tipos que están durmiendo en la calle, ahí no te ayuda nadie porque sí le tienen miedo a uno, imagínate seis o siete.²⁵

²³ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi en 2008.

²⁴ Siempre que veía a José en el parador era notable su preocupación por verse y mostrarse afeitado.

²⁵ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi en 2008.

José pertenecía al subgrupo que vivía solo y que explicaba esta decisión apelando a los atributos negativos que le son asignados socialmente a los AVC. Para él, pernoctar en grupo está visto por el “otro” como un foco de peligrosidad, y esto le significaba perder la posibilidad de recibir ayudas de los vecinos. Recordemos que la solidaridad del otro es imprescindible para satisfacer necesidades básicas y reproducir el día a día. Pero para que estas solidaridades se produzcan, es necesario que el “otro” lo reconozca como una persona que vive en la calle. De esta forma, nos encontramos con la tensión anunciada: José intenta conquistar anonimato, pero a su vez necesita ser visible para acceder a recursos imprescindibles para la vida cotidiana de un AVC.

En la misma dirección que José, Washington también menciona que las ayudas llegan cuando se cumplen ciertas características relacionadas con la imagen.

Claro, la gente es muy solidaria. La gente te ve en un parque y se acerca con comida, con ropa... Y si te ve drogado, tirado y borracho, no creo que te dé nada. Quizás sí. Uno busca tener buena ropa medianamente como para seguir desde un punto de vista el tren de vida que uno llevaba... mantenerse bien. Yo ahora me tengo que hacer exámenes para ver al dentista. Si vos les preguntás a los de la calle, no van al dentista.²⁶

En el testimonio de Washington puede verse nuevamente el esfuerzo por diferenciarse del estereotipo que existe del AVC. Nuevamente surge la idea de la necesidad de ser reconocido como una persona que vive en la calle para acceder a recursos proporcionados por otros. Podemos agregar que este reconocimiento tiene mayor éxito cuando se cuidan las formas, cuando se logra un cierto acercamiento a los parámetros socialmente esperados.

El testimonio de Marcelo también dio cuenta de la importancia de mostrarse ante el “otro” como una persona alejada de los males de las grandes ciudades: el robo, la ingesta de alcohol desmedida, el consumo de drogas ilegales, etcétera.

MARCELO: No es que se discrimine, lo que pasa es que hay gente que toma y gente que no. Hay gente que es más rescatada en la calle, hay mucha gente que es rescatada, pero no todos somos iguales, ¿viste? Yo gracias a Dios no tomo, no me drogo, nunca me drogué... estuve en la calle y nunca me drogué. Pero conozco gente que sí...

YO: ¿Sentís que la gente te mira mal por algo?

MARCELO: Algunos sí, te hacen desprecio. No todos.

²⁶ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi en 2008.

YO: ¿De los que pasan caminando?

MARCELO: Sí. Igual no todos. Allá en Constitución sí,²⁷ porque hay mucho robo, muy choreo. Es muy distinto.

YO: ¿Vos decís que allá te asocian con los que están robando...?

MARCELO: Claro, claro. Acá no.

YO: ¿Y vos que hacías para que no te vean así?

MARCELO: Y nada, trataba de estar mejor... bañadito y afeitadito, porque otra forma no sé. Si estás en la calle, otra no te queda... ¿Cómo buscás la vuelta? ¿Qué solución? Solución hay, pero...

YO: O sea que acá no sentís que la gente te mira mal.

MARCELO: No, acá no. Vos respetás y ellos te respetan...²⁸

Marcelo, al igual que los otros testimonios, refleja la necesidad de diferenciarse de los otros AVC, de los que representan los rasgos estereotipados negativos. En este sentido, Marcelo se autopercibe como una persona sana, alejada de todos los vicios, pero la originalidad de su relato radica en la territorialidad de la estigmatización. Constitución aparece acá como un barrio plagado de delito del que hay que distanciarse cuidando la estética corporal para diferenciarse de los delincuentes. Para Marcelo, cuando la estigmatización está reforzada por la pertenencia a un espacio físico, a un barrio, la solución puede ser mudarse de un lugar a otro. Marcelo migró hacia la Plaza del Congreso, donde él siente que no es visto por el “otro” de la misma forma y comenzó a pasar las noches en ranchada. Cambiar de lugar de pernocte para él representó no sólo dejar de estar asociado a la delincuencia y no ser más maltratado por la policía, sino que le permitió comenzar a recibir los beneficios de la solidaridad de los vecinos o transeúntes que lo comenzaron a observar desde otra percepción. Nuevamente, reaparece la necesidad de ser visible ante el “otro” para hacer más llevadera la experiencia de vivir en la calle. Pero todos estos relatos deben entenderse en el marco de una gran ciudad que en las últimas dos décadas sufrió fuertes transformaciones y que impartió nuevas formas de relacionarse con el “otro”.

6. Las miradas que cambian en ciudades temerosas

Los testimonios citados no pueden entenderse del todo si su análisis no se enmarca en la dinámica de Buenos Aires, una ciudad en la que desde la déca-

²⁷ Marcelo, antes de pernoctar en la Plaza del Congreso, pasaba sus noches en los alrededores de la Plaza Constitución.

²⁸ Entrevista realizada en la Plaza del Congreso en 2010.

da de 1990 se están produciendo transformaciones profundas. Desde las distintas gestiones de la ciudad, en general se ha promovido un proyecto de ciudad que tendió a excluir a los sectores populares.²⁹ Pero este proceso de expulsión se vio acompañado de una fuerte polarización de la ciudad que profundizó las diferencias entre el norte y el sur. En este sentido, Cravino (2006) afirma que durante la década de 1990 la ciudad vivió una mayor fragmentación, orientada hacia una urbanización regulada exclusivamente por el mercado que priorizó la zona central. De esta forma, la urbe puede pensarse a partir de dos tipos de áreas: las áreas brillantes (rentables) y las áreas opacas (no rentables) (Cravino, 2006: 24). Por un lado, se produjeron grandes emprendimientos como, por ejemplo, Puerto Madero.

la privatización del zoológico, la construcción de nuevas vías rápidas, la demolición del Albergue Warnes, normas de protección histórica, programas de rehabilitación (como el de Avenida de Mayo y de los barrios de La Boca, San Telmo y Barracas) y la renovación del barrio del mercado del Abasto. (Mignaqui-Elquezabal, visto en Cravino, 2006: 24)

Por el otro, en las “áreas opacas”, se produjo lo inverso: tasas de hacinamiento críticas, precariedad habitacional y fenómenos urbanos propios de la situación de pobreza. Esta marcada diferenciación se vio acompañada por la segregación residencial que tuvo consecuencias directas sobre las relaciones de los sujetos que viven en esta sociedad. Kaztman (2001) aporta un concepto clave para reflexionar acerca de la estigmatización asociada a un territorio, a un barrio, a un atributo asignado a una persona o grupo. Este autor sostiene que cuando se producen procesos de separación tan profundos entre los diferentes sectores sociales surge una “tolerancia mayor a las desigualdades sociales”:

La aversión a la desigualdad descansa en la capacidad de empatía de los más aventajados con respecto a los que tienen menos y en sentimientos de obligación moral hacia ellos. Estos contenidos mentales pierden vigencia si no se renuevan periódicamente por medio de contactos informales entre personas de distinta condición socioeconómica. Los sentimientos serán más fuertes cuanto más intensa y más frecuente sea la interacción. (Kaztman, 2001: 185)

²⁹ Como momentos paradigmáticos, pueden resaltarse las políticas de gran impacto urbano implementadas durante la última dictadura militar (erradicación de villas miseria y expropiación masiva de viviendas para construir autopistas como máximos exponentes) y durante la gestión iniciada en 2007 por Mauricio Macri que, en un contexto democrático, ha impulsado medidas que promueven el desalojo masivo de personas que ocupan viviendas, sin proponer a cambio soluciones habitacionales.

Siguiendo el razonamiento de este autor, los procesos de segregación residencial y de segmentación del acceso a los servicios atentan contra la posibilidad de que se genere un sentimiento de empatía y de obligación moral de las clases acomodadas hacia quienes ocupan posiciones menos aventajadas. Esta pérdida de interés de unos por los otros reforzaría la ruptura del tejido social iniciada por las fuertes transformaciones producidas a partir de la implementación de políticas de corte neoliberal que implicaron modificaciones sustanciales en instituciones que se caracterizaron por cohesionar a la sociedad argentina, principalmente el trabajo y la escuela (Beccaria, 2001; Merklen, 2000, entre otros).

Los aportes de Cravino y Kaztman permiten reflexionar sobre las transformaciones que se produjeron en la dinámica de la Ciudad de Buenos Aires, las cuales resultan imprescindibles para pensar qué le sucede a las personas que habitan en las grandes urbes cuando se encuentran con un AVC, quien ocupa en principio una posición radicalmente diferente. Si bien Amendola (2000) analiza lo que ocurre en ciudades postmodernas europeas, resulta útil tener en cuenta las percepciones que registra en los habitantes con respecto a un “otro” a la hora de compartir momentos, instancias, situaciones en el espacio público. Este autor retoma la idea de que en las ciudades actuales se ha pasado del binomio explotador-explotado a “una sociedad marcada por la distancia entre los que están adentro y los que están afuera, una sociedad definida por sus fronteras” (Lapeyronne, en Amendola, 2000: 310). Al igual que Kaztman, Amendola enfatiza en la extensión de la cultura del consumo, es decir, de cómo las personas y los grupos se diferencian entre sí por los bienes o servicios que puedan consumir. Amendola señala:

El filo sutil sobre el cual vive, en equilibrio, la ciudad nueva postmoderna lo constituye el hecho de que, por una parte, ella tiene necesidad de una difundida conciencia de la desigualdad para promover los consumos distintivos y, por otra, invalidar u ocultar los efectos, sobre todo extremos, de estas desigualdades. Quien está excluido del sueño puede constituir, en efecto, un peligro para la propia existencia del sueño. La burbuja encantada puede ser rota y el sueño transformarse en una pesadilla. (Amendola, 2000: 312)

Las ciudades que se erigen a partir de estas distancias sociales y estas fronteras comienzan a desarrollar toda una industria de la seguridad para afrontar estos peligros. Pero, en este caso, nos van a importar las sensaciones encontradas que comienzan a dominar las conductas y sensaciones de los ciudadanos. Por un lado, se construyen espacios impermeables y seguros pero, por otro lado, se expande el miedo hacia el “otro”, hacia el que no tiene.

Otros autores, como Bergman y Kessler (2008) analizan los orígenes y las características del sentimiento de inseguridad de los habitantes de Buenos Aires. Estos autores sostienen que en Buenos Aires se duplicaron los niveles de delito en las últimas dos décadas, aunque luego de la crisis de 2001-2002 se está produciendo un amesetamiento e incluso un descenso de la cantidad de denuncias. Sin embargo, el sentimiento de inseguridad no necesariamente responde a la concreción de delitos, sino más bien al tono que toma esta problemática en la agenda social. Bergman y Kessler señalan:

El sentimiento de inseguridad o miedo al crimen, tal como se lo llama en el mundo anglosajón, se resiste a explicaciones simples. Nunca ha sido un reflejo de los índices de delito, está mediada por la diferente aceptabilidad del crimen en cada sociedad y exhibe una autonomía relativa: suele aumentar al incrementarse la victimización pero una vez instalada como problema social, ya no disminuye aunque las tasas de delito lo hagan. (Bergman y Kessler, 2008: 210)

Según estos autores, las encuestas realizadas en Buenos Aires acerca del sentimiento de inseguridad muestran cómo se instala como un problema público, como una de las preocupaciones principales de los habitantes, incluso mayor al desempleo, como un tema de conversación habitual entre las personas. En las entrevistas que Bergman y Kessler realizaron, aparecieron continuamente en los relatos la aleatoriedad y la desidentificación del posible atacante. La aleatoriedad es definida como:

toda amenaza a la integridad física, más que sobre los bienes, que pareciera poder abatirse sobre cualquiera. La aleatoriedad se relaciona, por un lado, con la deslocalización del peligro; el fin de la división entre zonas seguras e inseguras bien definidas. Cuando se siente que la amenaza ha sobrepasado sus fronteras tradicionales y puede penetrar en cualquier territorio, se retroalimenta la sensación de inseguridad. (Bergman y Kessler, 2008: 226)

Siguiendo con este texto (Bergman y Kessler, 2008: 226), la desidentificación tiene que ver con la apertura de un abanico de posibles atacantes; es decir, que las personas ya no pueden explicar los delitos que sufren apelando solamente a las figuras clásicas estigmatizadas, como por ejemplo los jóvenes de clases populares. En la actualidad, una “persona de traje”, un “patovica”, o “gente que antes no existía”, como por ejemplo los limpiavidrios, los mendigos o los cartoneros pueden ser los posibles delincuentes.

De esta forma, la aleatoriedad y la desidentificación son elementos que hay que tener en cuenta a la hora de reflexionar sobre la relación que existe entre los AVC y el resto de la sociedad. Los temores instalados repercuten

sobre cómo se construyen los vínculos entre los grupos. Las solidaridades o distancias que se entablan entre las personas que viven en la calle y los otros grupos no pueden entenderse si no se tienen en cuenta procesos de cambios que van más allá de los relatos de los AVC. Es más, los testimonios son un producto de esta sociedad que está atravesada por temores, por distancias y por cercanías entre unos y otros.

El miedo urbano que se instala en las ciudades, entre ellas Buenos Aires, muchas veces se retroalimenta a partir de la difusión constante de señales de peligro desde los medios de comunicación masivos hacia los ciudadanos, desde relatos o leyendas urbanas y, en menor medida, por experiencias personales. La sensación que se produce al ver al “otro” televisado o escuchar sobre el conocido de un amigo que fue asaltado o agredido es que uno también está en riesgo. Pero alguien es responsable de esos peligros y allí es donde el “otro” desconocido pasa a ser el sospechoso. El ojo del transeúnte afila su mirada y comienza a estar en alerta constante al ponerse en contacto masivamente con anónimos en el espacio público. Esta mirada hará énfasis sobre todo en quienes no se ajustan a los parámetros esperados y, en tiempos en los que la segregación entre los diferentes sectores socioeconómicos se expande, los pobres pasan a ser los primeros sospechosos. Más aún si duermen en la calle, si visten con ropas sucias, viejas y rotas, si portan olores corporales, si piden limosna, etc. La imposibilidad que tienen muchas veces los AVC de ocultar estos rasgos termina actuando como una carta de presentación, como un uniforme de la pobreza.

7. Palabras finales

En este artículo se han analizado las características que presentan las relaciones que se tejen entre los diferentes grupos involucrados directa o indirectamente con la experiencia de vivir en la calle, teniendo presente el contexto urbano en el que se desarrollan. Como el análisis del entramado de vínculos se construyó desde la visión de los AVC entrevistados, fue necesario pensar, en un primer momento, cómo se autopercebían para, en un segundo momento, tener en cuenta a los otros actores.

El trabajo de campo realizado permitió afirmar, en primer lugar, que los AVC no utilizan una categoría para autonominarse y edificar alrededor de ella una identidad grupal. Esto dejó al descubierto que los conceptos creados para nombrar a este grupo partieron de la necesidad de los investigadores, de los equipos profesionales de los programas sociales y del personal que se desempeña en organizaciones de la sociedad civil para poder delimitar

a esta población y poder referirse de algún modo a ella. En segundo lugar, los testimonios de los entrevistados permiten visualizar que el “nosotros” de los AVC está construido a partir de la diferenciación que construyen con el Gran Otro (GO) encarnado en quienes no viven en la calle, es decir, el resto de la sociedad. Y esta frontera que demarca un adentro y un afuera, que da origen a un grupo que comparte una circunstancia (aunque con sus diferencias), es sumamente útil para reflexionar acerca del tipo de vínculos que se arman entre los AVC y con los otros grupos en una ciudad que se encuentra en constante movimiento.

En cuanto a estos movimientos, puede señalarse que la Ciudad de Buenos Aires ha experimentado fuertes transformaciones en las dos últimas décadas, que tienden a confirmar, por un lado, el proceso de segregación de los sectores populares iniciado en la última dictadura militar y, por el otro, una creciente fragmentación y polarización de la urbe. Esto se traduce en la pérdida de espacios de contacto entre los diferentes sectores socioeconómicos, profundizando la ruptura del tejido social y alimentando el sentimiento de que lo que le pasa al otro no tiene nada que ver con la situación personal de cada uno. Si bien estos procesos existen realmente y pueden percibirse con sólo transitar la ciudad, no permiten dar cuenta de otro fenómeno que comenzó a ocurrir en forma paralela: la extensión de la pobreza dio lugar a nuevos usos de la ciudad y a nuevos encuentros entre diferentes en las zonas centrales de Buenos Aires.

En el contexto descripto, la calle se convierte en el lugar por excelencia donde se expresan la multiplicidad y los contrastes sociales. Es desde allí que los AVC construyen solidaridades y distancias con otros grupos. En el interior de la población que vive en la calle, pueden identificarse dos grandes subgrupos: quienes viven en ranchada y quienes pernoctan solos. En el primer subgrupo se construyen relaciones entre los AVC, en las cuales rige el principio de reciprocidad y se manifiesta en el compartir refugios ante la lluvia, alimentos, elementos que permitan aislarse del frío, etc. En cambio, en los testimonios de quienes viven solos surge constantemente el esfuerzo por construirse a sí mismos como personas alejadas de todos los males de la sociedad que son proyectados sobre el resto de los AVC. De esta forma, una parte de los que viven en la calle construye un “otro” al interior del mismo grupo y deposita en aquellos AVC los atributos negativos que el GO estigmatiza.

El estigma que traen consigo las personas que viven en la calle está asociado a atributos construidos socialmente como negativos: la vagancia, la quietud, la suciedad corporal, la sospecha sobre su aptitud moral, la peligrosidad, etc. Estos son algunos de los valores de los que los AVC, tanto los que viven solos como los que lo hacen en ranchada, deben distanciarse a la hora

de relacionarse con el GO. Los adultos que viven en la calle construyen cercanías con quienes entablan lazos solidarios (los vecinos, por ejemplo) y distancias con los grupos que suelen traer conflictos y tensiones a su cotidianidad: la policía y las patotas nocturnas. Los entrevistados dieron cuenta de las violencias a las que se ven expuestos al pernoctar en la vía pública y, sorpresivamente, no cuestionan el accionar policial; sino, más bien, haber sido confundidos, asociados y tratados como delincuentes. De esta forma, nuevamente, reaparece la necesidad de distanciarse de todo aquel que porta los males de la sociedad, los verdaderamente peligrosos: los “fisuras”, los “chorros”, los “drogadictos”.

Las distancias construidas por los AVC y sus comportamientos portan permanentemente los condicionamientos que impone la mirada social, el GO. Esta mirada externa sentida por los AVC se traduce en una tensión entre visibilizar los atributos que les permiten acceder a recursos a partir de ser reconocidos como una persona que vive en la calle, o invisibilizarlos para gozar de los beneficios del anonimato que otorga vivir en una gran ciudad, evitando así la mirada juzgadora. El punto de equilibrio en esta tensión está dado por encontrar la forma de ser reconocible como un AVC, pero moderando los atributos estigmatizados en un contexto donde prima el miedo urbano hacia el desconocido. De esta forma, ajustar la imagen corporal a los parámetros esperados por el GO, cuidar la estética, permite que la persona que vive en la calle logre un reconocimiento exitoso.

Recibido: junio de 2012

Revisado: septiembre de 2012

Correspondencia: Centro de Investigaciones Hábitat y Municipios (CIHAM)/ Facultad de Arquitectura/Universidad de Buenos Aires/Castro 1126 3°12/Ciudad de Buenos Aires/Argentina/correo electrónico: mgboy_99@yahoo.com

Bibliografía

- Amendola, Giandomenico (2000), *La ciudad postmoderna. Magia y miedo de la metrópolis contemporánea*, Madrid, Celeste.
- Beccaria, Luis (2001), *Empleo e integración social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bergman, M. y G. Kessler (2008), “Vulnerabilidad al delito y sentimiento de inseguridad en Buenos Aires: determinantes y consecuencias”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 48, núms. 190-191, julio-setiembre/octubre-diciembre, pp. 209-234.

- Boy, M. y M. Perelman (2008), "Los Sin Techo de Buenos Aires", *Ciudades*, vol. 20, núm. 78, abril-junio, pp. 2-7.
- Carretero, T. y P. Santos (2003), "La calle: espacios múltiples en Brasil", *Revista Pobreza y Desigualdad*, núm. 34.
- Ciccollella, P. (1999), "Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socio territorial en los años noventa", *Revista EURE*, vol. 25, núm. 76, diciembre.
- Cosacov, Natalia y Mariano Perelman (2011), "Modos de apropiación de la ciudad, conflicto y gestión del espacio urbano. La construcción de fronteras en la ciudad de Buenos Aires", en Mercedes Di Virgilio, Hilda Herzer, Gabriela Merlinsky y María Carla Rodríguez (comps.), *La cuestión urbana interrogada. Transformaciones urbanas, ambientales y políticas públicas en Argentina*, Buenos Aires, El Café de las Ciudades, pp. 291-322.
- Cravino, María Cristina (2006), *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Delgado Ruiz, M. (2002), "Anonimato y ciudadanía", *Revista Mugak*, núm. 20, tercer trimestre, s/p.
- Goffman, Erving (2006), *Estigma. "La identidad deteriorada"*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, Erving (1979), *Relaciones en público: microestudios del orden público*, Madrid, Alianza.
- Grimson, Alejandro (2005), "Fronteras, estados e identificaciones en el Cono Sur", en Daniel Mato (comp.), *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 127-142.
- Hall, Stuart (2003), "Introducción: ¿Quién necesita 'identidad'?", en Stuart Hall y P. Dugay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 13-39.
- Janoschka, M. (2002), "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización", *Revista Eure*, vol. 28, núm. 85, diciembre, pp. 11-29.
- Katzman, R. (2001), "Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos", *Revista de la CEPAL*, núm. 75, diciembre, pp. 171-189.
- Marcús, Juliana (2009), *Vivir en hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires. El proceso de construcción de identidad en mujeres migrantes que residen en habitaciones de hotel*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires, tesis de doctorado.
- Merklen, Denis (2000), "La lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del GBA hacia fines de los 90", en Maristella Svampa (ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.
- Paiva, Verónica, Martín Boy y Mariano Perelman (2011), "Algunas expresiones territoriales de la pobreza: villas, nuevos asentamientos urbanos, ranchadas y personas Sin Techo. Ciudad de Buenos Aires, 2011", *Capitalismo del siglo XXI, Crisis y Reconfiguraciones*. Pre ALAS Recife 2011, IX Jornadas de Sociología, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires, 8-12 de agosto.

Pizarro, N. (2000), "Regularidad relacional, redes de lugares y reproducción social", *Revista Política y Sociedad*, núm. 33, pp. 167-198.

Acerca del autor

Martín Boy es doctor en ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y magíster en políticas sociales por esa misma Universidad. Actualmente es investigador del Centro de Investigaciones Hábitat y Municipios (CIHAM) de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA. Sus áreas de especialidad son políticas sociales, pobreza urbana y urbanismo. Entre sus publicaciones están "Personas que viven en la calle: un problema político en construcción. Ciudad de Buenos Aires, 2007-2009", *Revista Cultura, Hombre y Sociedad*, vol. 19, núm. 1, agosto, 2011, pp. 53-66; así como, en coautoría con Mariano Perelman, "Cartoneros en Buenos Aires: nuevas modalidades de encuentro", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 72, núm. 3, julio, 2010, pp. 393-418.

